



Este artículo es una publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía
Opiniones sobre este artículo escribanos a:

semanariovirtual@viva.org.co

www.viva.org.co

El tema de la muerte

Julio César Carrión Castro
Universidad del Tolima

*Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte contemplando cómo se
pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando...*

Jorge Manrique

*La muerte, es democrática, ya que a fin de cuentas, güera, morena, rica o
pobre, toda la gente acaba siendo calavera.*

José Guadalupe Posada

Quizá una de las concepciones fundamentales que ha acompañado a los humanos desde sus orígenes, sea la idea de la inmortalidad o de la indestructibilidad de la vida, asumida ésta como una fuerza que subsiste más allá de las muertes singulares. Sometidos los hombres primitivos a ver que las formas de la vida cambian, al constante proceso de las transformaciones naturales, a la consideración de que los individuos pueden ser destruidos, pero de todas maneras se conserva una fuerza vital, eterna, aquello que no puede desaparecer, pues una y otra vez vuelve a resurgir en forma distinta, fueron elaborando la idea del eterno retorno y de la resurrección. Fundamento conceptual en el que reside el verdadero sentido de la vida, de aquello que constantemente vuelve a nacer, que no se pierde, que se conserva, que se renueva y perpetúa.

Las distintas formaciones económicas y sociales, en todas las latitudes del orbe, han asumido históricamente diversas aproximaciones ante el tema de la muerte. Nociones que van desde captarla de una manera grave, solemne, temerosa y culpable, hasta aquellas otras que la enfrentan de forma natural y corriente, incluso hasta divertida y jocosa; la encaran alegremente, porque entienden que no queda más remedio que convivir con ella.

Como lo expresara Georges Bataille, paulatinamente el ser humano fue llegando al horroroso reconocimiento de la muerte, al encontrarse ante ese "objeto angustioso" que es el cadáver de otro hombre, objeto fascinante, que pasa a ser la imagen de su propio destino, "testimonia una violencia que no sólo destruye a un hombre, sino que destruirá a todos los hombres". El horror ante esta abrupta transgresión que suspende el hilo de la vida e introduce la ausencia y el temor al contagio, generaría la necesidad de afirmar los valores de la vida, confrontando la dura realidad de la muerte, mediante ceremonias, ofrendas y rituales. La enorme profusión de sepulturas, es el más fehaciente testimonio de esa diferenciación establecida, entre un cadáver y otros objetos.

El culto a los muertos es inmemorial: ritos funerarios, entierros, sarcófagos, cementerios y panteones, tienen la misma edad del hombre.

Para los fieles de los más variados credos religiosos, la muerte es un rencuentro, un volver a ligarse con los dioses creadores (etimológicamente la palabra religión proviene del latín religare, que significa volver a ligar lo que estaba desunido y suelto) pues creen en un más allá y mueren felices de reintegrarse al mundo verdadero. Para ellos, el muerto asume una nueva vida, no sólo en el recuerdo de sus dolientes, sino efectivamente en “otro mundo”, en el “paraíso”. Los sobrevivientes, al enfrentarse a su propia muerte, consideran que van a reunirse con sus allegados y parientes, quienes le antecedieron en ese retorno al Paraíso.

El mito, las diversas religiones y las más variadas expresiones artísticas y literarias, nos hacen seguir adheridos de manera contundente a ese fugaz momento de tránsito que es la muerte. Los griegos simbolizaron la terrible presencia de la muerte con Thanatos, hijo de la Noche y hermano gemelo de Hypnos, -el sueño-. La muerte y el sueño habitan en las oscuras regiones subterráneas, en compañía de las Moiras -a quienes los latinos llamaron Parcas-, siniestros personajes femeninos que desde los infiernos deciden sobre la vida y la muerte de todos los humanos. La tragedia griega, como primordial expresión ética y estética de la antigüedad, habría de dignificar la muerte, al presentarla no como una simple aceptación del “destino”, sino cuestionando desde la voluntad humana, las propias decisiones de los dioses. La cultura occidental se enriquecería, además, con la tradición de la crucifixión de Jesús. Con el Cristo y su resurrección se ha pretendido llegar a un total control sobre la muerte, a algo así como a la “muerte de la muerte”.

La muerte ha sido un tema recurrente en todas las expresiones artísticas y culturales. Durante la Edad Media y en el Renacimiento, se abordó constantemente desde las artes plásticas el tema de La danza de la muerte y del Memento Mori (acuérdate que has de morir). Pormenorizadas descripciones del infierno y de los horrores y castigos a que esperan a los infortunados pecadores, llenan el imaginario de los artistas de la época, basta ver la profusión de criaturas bestiales y de monstruos que llenan las obras de pintores como Hieronymus Bosch -El Bosco- o de Pieter Brueghel, acosando a los pecadores en el demencial submundo del infierno.

La naciente burguesía, ya revolucionaria, como reacción a esos temores que la Iglesia propalaba entre sus devotos, habría de proponer el placer mundano, las efusiones de la ebriedad, del juego, del amor y el erotismo, porque anhelaba imponer una nueva ideología, no teocéntrica sino de carácter vitalista, y asumiendo al hombre como centro. Manifestaciones como las de los Clerici vagantes o goliardos y toda la rica literatura erótica contenida en obras como El Decamerón de Giovanni Boccaccio, los Cuentos de Canterbury de Godofredo Chaucer o El Libro del buen amor de Juan Ruiz de Alarcón, el Arcipreste de Hita, dan fe de este movimiento revolucionario, que luego, la propia burguesía sería incapaz de dar continuidad.

Los antiguos pueblos prehispánicos también expresaron claramente una concepción dualista sobre el tema de la muerte, abordaron la suerte de la muerte, desde la perspectiva de la resurrección y de la perpetuidad de la vida. Pensaban que en la muerte ya se contiene el germen de la vida. Basándose en observaciones directas, en la constante reaparición del sol y de la luna, luego de que se ocultan cada día o en el surgimiento de las semillas que, después de ser enterradas y morir, renacen convertidas en plantas útiles y necesarias para la preservación de la vida, ya sea como alimento, como medicina o como vitales implementos laborales.

En muchos de estos pueblos se cumplían sacrificios humanos que tenían una función ritual; con ellos rendían homenaje a la reproducción y a fertilidad. Los prisioneros eran sacrificados porque su sangre nutría la tierra garantizando la feracidad; también consideraban que la mejor forma de adquirir las virtudes y la fuerza de los enemigos era mediante estos sacrificios.

Estas tradiciones y rutinas, tal vez, fueron habituando a los sectores populares con el tema de la muerte, por ello hoy contemplamos como una actitud heredada -en especial de las antiguas culturas mesoamericanas- una aproximación festiva a la muerte. En México y Centroamérica, no se acepta tan fácilmente la caducidad de la vida, ni se le teme tanto a la muerte, por ello juegan con ella, se burlan de ella, conversan, discuten con los muertos y hasta se emborrachan con ellos. Quizá sea en la obra de José Guadalupe Posada en donde mejor se aprecia esta concepción profundamente popular que preservan los pueblos mesoamericanos y particularmente el pueblo mexicano. En palabras del gran muralista Diego Rivera: José Guadalupe Posada es un "Cronista excepcional que pintó la comedia humana, la tragicomedia mexicana de un siglo que terminaba y otro que nacía, Posada captó todas esas historias de la vida cotidiana: el silencio, la marginalidad, la tragedia, el dolor, la risa, la sorna, la miseria, el llanto, el placer, la vida, la muerte, el blanco, lo negro, el pecado, el amor, lo mexicano. Más allá de ponerle cualquier adjetivo, Posada, como pocos artistas, ha trascendido en lo que somos, en la imagen de un artista mexicano que se convierte en universal".

El 2 de noviembre, día de muertos, se manifiesta una simpática actitud frente a la muerte que enseña lo profundo que está arraigada en el pueblo la familiaridad con ella. Nada más ver las coquetas calaveras mexicanas, las Calacas, y esos esqueletos que bailan, pelean, lloran, se embriagan y se ríen, el "pan de muerto" que se produce para esos días, los dulces de azúcar o de chocolate que son figuritas de calaveras y esqueletos, y toda esa festividad en torno de la muerte y de los muertos, que se constituye en un constante motivo de alegría, de chanza y diversión, y que ve la muerte más como parte y complemento de la vida que como su negación.

Desde el alejado mundo académico y cultural, también podemos asumir el tema de la muerte, con seriedad y sonrisa, como divertimento y cátedra.

Pero lamentablemente, de manera asidua estamos viendo cómo, más allá de estas consideraciones, persiste el uso y el abuso del poder, la pretensión de los distintos Estados y organizaciones puestas a su servicio, de administrar la

muerte e ir constituyendo toda una ideología en torno del miedo y de la muerte...

Edición N° 00423 – Semana del 31 al 6 de Noviembre – 2014